

había de producir después el *Coppelius*, apoyó ambas manos en el respaldo del sillón que tenía delante, inclinó su cuerpo y volviendo la cabeza hacia la derecha, trató de ver de frente al que todavía no había visto más que de perfil.

El hombrecillo miró á Hoffmann sin admirarse; le sonrió, le hizo un saludito amistoso y siguió fijando los ojos en un punto, invisible para cualquiera menos para él, y acompañando á la orquesta.

— Es cosa rara, dijo Hoffmann volviéndose á acomodar en su asiento; hubiera apostado á que no estaba vivo.

Y como si no se hubiera convencido, al verle mover la cabeza, de que todo su cuerpo estaba animado, dirigió otra vez la vista á las manos de aquel personaje. Una cosa le llamó entonces la atención, y fué que sobre la caja de tabaco que tenía entre las manos y que era de ébano, brillaba una cabeza muerta de diamante.

Todo tenía aquel día colores fantásticos á los ojos de Hoffmann; pero estaba resuelto á comprenderlo todo, y repitiendo el movimiento que había hecho antes, miró con tal atención aquella caja, que sus labios casi tocaban las manos del que la tenía.

El hombre, objeto de tanta curiosidad, viendo que su caja despertaba tanto el interés de su vecino, se la dió silenciosamente para que pudiese mirarla con toda facilidad.

Hoffmann la tomó, le dió mil y mil vueltas, y después la abrió.

¡Dentro había tabaco!

## [XIII]

## Arsenia

Hoffmann devolvió á su dueño la caja, después de haberla examinado, dándole las gracias con un movimiento de cabeza, al que respondió el propietario con un movimiento no menos cortés, pero aun más silencioso, si esto era posible.

Vamos á ver si habla, calculó Hoffmann para sí, y volviéndose hacia él, le dijo:

— Os ruego que me dispenséis, caballero; porque me ha llamado mucho la atención el ver una cabeza muerta, hecha de diamantes y puesta como adorno en una caja de tabaco.

— En efecto, creo que es la única en su clase, respondió el desconocido con una voz metálica cuyo sonido se parecía mucho al ruido de las monedas de plata cuando se apilan unas sobre otras; me la han dado unos jóvenes herederos, reconocidos al cuidado y esmero con que asistí á su padre.

— ¿Sois médico?

— Sí, señor.

— Y habréis curado al padre de esos jóvenes

— No, señor; hemos tenido el sentimiento de perderlo.

— Ya comprendo la palabra: reconocimiento.

El médico se echó á reír.

Sus respuestas no le estorbaban para seguir tarareando, y sin dejar de hacerlo, continuó:

— Sí, creo que maté á ese viejo.

— ¿Cómo que lo matasteis?

— He ensayado con él un remedio nuevo, y ¡oh Dios mío! murió una hora después: ¡buena estuvo aquella! Y continuó su tarareo.

— Según parece, caballero, os gusta la música; dijo Hoffmann.

— Y ésta sobre todo; sí, señor.

— ¡Cáspita! dijo Hoffmann para sí; éste se equivoca en la música lo mismo que en la medicina.

En aquel momento se levantó el telón.

El doctor tomó un polvo, y se arrellenó en su asiento como hombre que no quiere perder nada del espectáculo á que va á asistir.

Sin embargo, le preguntó á Hoffmann como por vía de reflexión:

— ¿Sois alemán, caballero?

— Sí, señor.

— Lo he conocido por el acento. País hermoso y acento endiablado.

Hoffmann se inclinó al oír esta frase mitad cumplimentera y mitad crítica.

— ¿Y para qué habéis venido á Francia!

— Para ver.

— ¿Y qué habéis visto ya?

— He visto guillotinar.

— ¿Habéis estado hoy en la plaza de la Revolución?

— Allí estuve.

— Habréis presenciado la muerte de madama Dubarry.

— Sí, contestó Hoffmann suspirando.

— La he conocido á fondo, continuó el doctor echando al alemán una mirada confidencial, con la que dió á la palabra *conocido* toda la acepción posible: ¡era hermosa muchacha, á fe mía!

— ¡La curasteis también vos?

— No: á quien curé fué á su negro Zamora.

— ¡Miserable! me han dicho que fué quien denunció á su ama.

— En efecto; era muy patriota el tal negrillo.

— Debierais haber hecho con él lo que con el viejo de la caja de tabaco.

— ¿Y para qué? Él no tenía herederos...

Y la risa del doctor resonó por segunda vez.

— Y vos, caballero, ¿no habéis visto esa ejecución? repuso Hoffmann, que se hallaba en la irresistible necesidad de hablar de la pobre criatura cuya sangrienta imagen no se apartaba de su memoria.

— No: ¿había adelgazado?

— ¿Quién?

— La condesa.

— No puedo decirlo, caballero.

— ¿Y por qué?

— Porque hoy ha sido la primera vez que la he visto.

— Pues lo siento: hubiera querido saberlo, porque la he conocido muy gruesa; pero mañana iré á ver su cuerpo. Mas, ¡calla! mirad, mirad eso.

Y al mismo tiempo el médico señalaba para la escena en que Mr. Vestris, que representaba el papel de Paris, aparecía sobre el monte Ida, y cometía toda clase de merodeos con la ninfa Oenone.

Hoffmann miró en efecto hacia la escena, pero no sin haberse cerciorado de que el médico sombrío estaba realmente atento á lo que pasaba en el foro, y de que no habia dejado ninguna huella en su espíritu lo que acababa de oír y de decir. Entre tanto calculaba diciéndose á sí mismo:

— Sería curioso el ver llorar á este hombre.

— ¿Conocéis el asunto del baile? le preguntó el doctor después de un breve silencio.

— No, señor.

— Pues es muy interesante; tiene situaciones muy

tiernas : á un amigo mio y á mí se nos saltaron la otra noche las lágrimas.

— ¡ Un amigo mío ! murmuró el poeta ; ¿ quién puede ser amigo de ese hombre ? Como no sea algún enterrador.....

— ¡ Bravo, bravo, Vestris ! exclamó el médico aplaudiendo.

Había escogido para manifestar su admiración el momento en que Paris, como decía el libreto que Hoffmann había comprado, coge su arco, y vuela al socorro de los pastores que huyen espantados de [un terrible león.

— No soy curioso, pero hubiera querido ver el león.

Así terminaba el primer acto.

Entonces se levantó el doctor, se volvió de espaldas á la escena, se recostó en el respaldo del asiento que tenia delante, y substituyendo unos gemelos á la caja de tabaco, se puso á mirar á las señoras que habia en el teatro.

Hoffmann seguia maquinalmente la dirección de los gemelos y notaba, no sin asombro, que toda persona á quien miraba se estremecía instantáneamente, lo miraba también como si se hubiera visto obligada á hacerlo por una fuerza invisible, y conservaba esta posición hasta que el doctor dejaba de mirarla.

— ¿ Habéis heredado también esos gemelos, caballero ?

— No : me los dió Mr. Voltaire.

— ¡ Según eso también habéis conocido á Voltaire !...

— Mucho ; éramos muy amigos.

— ¿ Erais médico suyo ?

— No tenia fe en la medicina : bien es verdad que en nada la tenia.

— ¿ Es cierto que se confesó al morir ?

— ¿ Él ? ¡ ya, ya ! No sólo no se confesó, sino que despidió lindamente al sacerdote que habia ido á auxi-

liarlo. Puedo hablar del asunto, porque me hallé presente.

— ¿ Y qué sucedió ?

— Arouet iba á morir : acercóse su cura Tersac y de buenas á primeras, como quien sabe que no hay tiempo que perder, le dijo : Caballero, ¿ reconocéis la trinidad de Jesucristo ?

— Caballero, os ruego que me dejéis morir tranquilo, le respondió Voltaire.

— Sin embargo, continuó Tersac, importa que yo sepa si reconocéis á Jesucristo como hijo de Dios.

— En nombre del diablo, exclamó Voltaire, no me habléis más de ese hombre ; y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, le dió un gran puñetazo al cura en la cabeza y se quedó muerto. ¡ Vaya si me rei aquel día !

— En efecto, era cosa digna de risa, dijo Hoffmann con desdeñoso acento ; así debía de morir el autor de la *Doncella de Orleans*.

— ¡ Ah !... ¡ la *Doncella* ! exclamó el hombre negro ; ¡ qué obra maestra ! ¡ qué cosa tan admirable ! Solamente conozco una obra que pueda rivalizar con ella.

— ¿ Y cuál ?

— La *Justina*, escrita por Mr. de Sades : ¿ no conocéis la *Justina* ?

— No, señor.

— ¿ Y al marqués de Sades ?

— Tampoco.

— Pues, mirad, caballero ; *Justina* es todo lo más inmoral que se puede leer ; es Crebillón (hijo) completamente desnudo ; ¡ es una cosa maravillosa ! He curado á una joven que la habia leído.

— ¿ Y se murió como el viejo ?

— Sí, señor ; pero se murió siendo muy dichosa.

Y al recordar la causa de aquella muerte, brillaron de satisfacción los ojos del médico.

Se alzó el telón para el segundo acto, de lo que Hoffmann se alegró, porque le aterraba su interlocutor.

— ¡ Ah ! dijo éste al sentarse, vamos á ver á Arsenia.

— ¿ Quién es Arsenia ?

— ¿ No la conocéis ?

— No, señor.

— Por lo visto no conocéis á nadie. Con decir Arsenia, está dicho todo : ahora la veréis.

Y antes que la orquesta diera una nota, comenzó el médico á tararear la introducción del segundo acto.

El teatro representaba un prado de verdura y flores, atravesado por un arroyo que nacía al pie de una roca.

Hoffmann dejó caer la cabeza sobre la mano.

Lo que veía, lo que oía no lograba distraerle del doloroso pensamiento y lúgubre recuerdo que le había llevado allí.

— ¿ Qué diferente resultado hubiera habido, dijo para sí, volviendo á ser víctima de las impresiones que había recibido su ánimo durante el día ; qué diferente resultado hubiera habido si no hubiera muerto esa mujer infeliz ? ¿ Qué mal se hubiera hecho con dejar que siguiese latiendo su corazón y respirando su boca ? ¿ qué desgracia hubiera resultado ? ¿ Por qué tan brusca interrupción ? ¿ Con qué derecho detener la vida en medio de sus aspiraciones ? Muy bien se hallaría aquí entre todas esas mujeres, y no que á estas horas su cuerpo, su pobre cuerpo tan amado de un rey, yace en el lodo del cementerio, sin flores, sin cruz y sin cabeza. ¡ Cómo gritaba, ¡ Dios mío ! ¡ Cómo gritaba ! Y luego, de repente.....

Hoffmann ocultó su frente entre las manos.

— ¿ Qué hago, qué hago aquí ? exclamó ; ¡ vámonos ! É iba á irse en efecto ; cuando al levantar la cabeza, vió en la escena á una bailarina que no había salido en

el primer acto, y á quien todo el teatro veía bailar, sin moverse en lo más mínimo y aun sin respirar.

— ¡ Oh ! ¡ qué hermosa es esa mujer ! exclamó Hoffmann en tan alta voz, que le oyeron cuantos estaban cerca, inclusa la misma bailarina.

Ésta miró á quien había lanzado sin querer aquella exclamación, y Hoffmann creyó que aquella mujer le daba las gracias.

Se ruborizó y se estremeció como si le hubiera tocado la chispa eléctrica.

Arsenia era en verdad una mujer admirable, y su belleza nada tenía de la belleza tradicional.

Era alta, muy bien formada, y tenía una palidez que se transparentaba por debajo del colorete que cubría sus mejillas. Sus pies eran pequeños, y cuando caía en las tablas no parecía sino que la punta de su pie descansaba en una nube, porque no se oía el más pequeño ruido. Su talle era tan delgado y tan flexible, que una culebra no hubiera dado vueltas sobre sí misma como aquella mujer lo hacía. Cada vez que, al arquearse, se inclinaba hacia atrás, parecía que iba á estallar su corsé, y se adivinaba por la energía de su modo de bailar y por la seguridad de sus pasos la certeza de su completa hermosura y su ardiente naturaleza que, como la de Mesalina, podría verse cansada, más no harta. No se sonreía del mismo modo que las demás bailarinas ; sus purpurinos labios permanecían cerrados casi siempre, y no por ocultar unos dientes feos ; porque al mirar, sonriéndose, á Hoffmann, éste había visto dos filas de perlas tan blancas y tan puras, que si las ocultaba detrás de los labios, sería para que el aire no las empañase. En sus negros y brillantes cabellos se hallaban enroscadas anchas hojas de acanto y suspendidos racimillos de uvas, cuya sombra caía sobre sus desnudos hombros. Sus ojos eran grandes, límpidos, negros, refulgentes, y de tal modo que ilumina-

naban cuanto la rodeaba y que aun cuando hubiera bailado á oscuras se la hubiera visto bailar. Y lo que hacía más original á aquella mujer era que sin motivo alguno tenía en su vestido de ninfa, porque éste era el papel que representaba, un collar de terciopelo negro cerrado por una hebilla, ó á lo menos, por una cosa que lo parecía, y que siendo de diamantes arrojaba reflejos luminosos.

El médico miraba á aquella mujer sin pestañear y parecía que su alma su hallaba suspendida en el vuelo de la joven: es evidente que mientras ella bailaba, estaba él sin respirar.

Hoffmann observó entonces que aun cuando Arsenia andaba á derecha é izquierda, para adelante y para atrás, sus ojos no dejaban de estar fijos en los del doctor, y que entre las miradas de ambos había una correlación muy notable. Mas aún; observó que los rayos que se desprendían de la hebilla del collar y los que salían de la cabeza abriantada de la caja de tabaco, se encontraban en línea recta á la mitad del camino y se juntaban y chocaban, y desprendían mil chispas blancas, rojas y doradas.

— ¿Me hacéis el favor de prestarme vuestros gemelos? dijo Hoffmann sin mover la cabeza, porque le era imposible apartar los ojos de Arsenia.

El doctor extendió la mano hacia Hoffmann sin hacer el más mínimo movimiento de cabeza: de tal modo, que las manos de ambos espectadores se buscaron durante un momento por el aire antes de encontrarse.

Hoffmann logró coger al fin los gemelos y se los pegó á los ojos.

— ¡Qué raro es esto! murmuró.

— ¿El qué? preguntó el doctor.

— Nada, nada, respondió el alemán, que quería prestar toda su atención á lo que estaba viendo, porque era raro en efecto.

Los gemelos aproximaban de tal modo los objetos á sus ojos, que Hoffmann extendió dos ó tres veces la mano creyendo poder coger á Arsenia, pues no le parecía que estaba detrás del cristal que la reflejaba, sino más bien entre los cristales del antejo. Nuestro alemán no perdía el menor accidente de la bailarina, y aquellas miradas, tan ardientes desde lejos, rodeaban su frente con un círculo de fuego, y hacía hervir la sangre en las venas de sus sienes.

El alma del joven hacia un espantoso ruido en su cuerpo.

— ¿Quién es esta mujer? preguntó con débil voz sin moverse ni quitar los ojos del cristal de los gemelos.

— Ya os lo he dicho, es Arsenia, repuso el doctor, en quien parecía que lo que únicamente vivía eran los labios y cuyos ojos seguían fijos en la bailarina.

— Esa mujer tendrá sin duda algún amante.....

— Sí.

— ¿Á quien ella ama también?

— Así se dice.

— ¿Y es rico?

— Muy rico.

— ¿Quién es?

— Mirad el tornavoz bajo de la izquierda.

— No puedo volver la vista.

— Haced un esfuerzo.

Hízolo en efecto; pero tan doloroso, que lanzó un grito como si los nervios del cuello, habiéndosele antes petrificado, se le hubiesen roto en aquel momento.

Miró al palco indicado.

Y en aquel palco de tornavoz había un hombre, uno solo, pero que, arrojado como un león sobre el terciopelo de la balastrada, parecía que llenaba todo el palco.

Tenía de treinta y dos á treinta y tres años, y el rostro surcado por las pasiones; parecía que los hoyos que

atravesaban todo su rostro habían sido abiertos, más que por las viruelas, por la erupción de un volcán, y que sus ojos habían sido pequeños y se los había agrandado y abierto el desgarramiento de su alma; estos ojos unas veces estaban debilitados y vacíos, como un cráter apagado, y otras vertían llamas como un cráter irradiante. No aplaudía juntando las manos, sino azotando la balastrada; y no parecía sino que cada aplauso hacía estremecer el edificio.

— ¡Oh! exclamó Hoffmann: ¿es un hombre lo que estoy viendo?

— ¡Sí, sí, un hombre! respondió el médico.

— ¿Y cómo se llama?

— ¿Pues no lo conocéis?

— No: llegué ayer á París.

— Pues ese es Dantón.

— ¡Dantón! dijo Hoffmann estremeciéndose: ¿y es Dantón el amante de Arsenia?

— Su amante.

— ¿Y la ama?

— Como un loco, y con unos celos furiosos.

Pero aun cuando Dantón era digno de verse, Hoffmann había vuelto sus ojos hacia Arsenia, cuya danza silenciosa tenía una apariencia fantástica.

— Una pregunta, caballero.

— Hablad.

— ¿De qué hechura es el broche del collar?

— Tiene la hechura de una guillotina.

— ¡De una guillotina!

— Sí; los hay elegantísimos; y es muy rara la persona que viste á la moda y no lleva una, cuando menos. La que tiene Arsenia se la ha dado Dantón.

— ¡Una guillotina, una guillotina en el cuello de una bailarina del teatro de la Ópera! repetía Hoffmann

subiéndosele la sangre á la cabeza: una guillotina... ¿y á qué?.....

Y nuestro alemán, que parecía un loco, alargaba los brazos como para coger un cuerpo, porque el cristal acertaba las distancias, y le parecía que sentía en su frente el aliento de Antonia, y que oía la ardiente respiración de su pecho, cuyos globos se levantaban como si los oprimiesen los abrazos del placer. Hoffmann estaba tan exaltado que parecía que respiraba fuego, y temía que estallase su cuerpo á causa de la dilatación de sus sentidos.

— ¡Basta!; basta! decía.

Pero el baile continuaba, y la alucinación era tal, que confundiendo las dos impresiones más fuertes que había recibido aquel día, el espíritu de Hoffmann mezclaba aquella danza con el recuerdo de la plaza de la Revolución, y ya creía ver á Mad. Dubarry, pálida y con la cabeza cortada bailando en lugar de Arsenia, y ya ver llegar bailando á Arsenia hasta el pie del cadalso, y bailando también en manos del verdugo.

En la exaltada imaginación del joven alemán se presentaba una confusa multitud de flores y sangre, danza y agonía, vida y muerte.

Pero lo que dominaba á todo, era la atracción eléctrica de aquella mujer. Cada vez que se mostraban á sus ojos aquellas piernas finísimas, cada vez que aquella basquiña se levantaba un poco más, corría el estremecimiento por todo su cuerpo, y se secaban sus labios, y se enardecía su aliento, y entraban en su voluntad, como en la de todo joven de veinte años, los más ardientes deseos.

En tal estado, el único refugio de Hoffmann, era el retrato de Antonia, el medallón que tenía en el pecho; su única defensa era oponer el amor puro al amor sensual, el casto recuerdo á la realidad exigente.

Cogió, pues, el retrato y se lo llevó á los labios; pero

apenas había hecho este movimiento, cuando oyó la risa burlesca y agria de su vecino que le miraba sardónicamente.

Hoffmann entonces ruborizándose volvió á poner el medallón en su sitio, y levantándose, como un autómeta, dijo :

— Dejadme salir, dejadme salir ; no puedo estar aquí más tiempo.

Y semejante á un loco, dejó su asiento de orquesta, andando á pasos apresurados empujando las piernas de los tranquilos espectadores que renegaban del extravagante á quien se le ocurría salir á la mitad del baile.

## XIV

## La segunda representación del Juicio de Paris

Pero aquel arrebató de Hoffmann no le llevó muy lejos, pues se detuvo en la esquina de la calle de San Martín : estaba jadeando, y le corría el sudor por la frente.

Se pasó la mano izquierda por la frente, se puso la derecha en el pecho y respiró.

En aquel momento le tocaron en el hombro, y se estremeció.

— ¡ Hola ! ¡ es él ! dijo una voz.

Se volvió y lanzó un gríto : era su amigo Zacarías Werner.

Ambos jóvenes se abrazaron, y se preguntaron en seguida :

— ¿ Qué haces aquí ?

— ¿ Adónde vas ?

— Llegué ayer, he visto guillotinar á Mad. Dubarry y para distraerme, he venido al teatro.

— Pues yo llegué hace seis meses ; hace cinco que veo guillotinar veinte ó veinticinco personas al día, y para distraerme, voy á la casa de juego.

— ¡ Ah !

— ¿ Quieres venir ?

— No, gracias.

— Haces mal ; estoy de vena : tú, que tienes tanta suerte, te pondrias muy pronto rico. Te fastidiará mucho el teatro de la Ópera, acostumbrado como estás á la buena música : ven conmigo, y te llevaré donde la oigas.

— ¿ Qué música ?

— La del oro : en el punto adonde voy, se hallan todos los placeres ; hembras hermosas, cenas magnificas y un juego furioso.

— Gracias, amigo, es imposible : he hecho una promesa ; mas aún, he jurado.

— ¿ Á quién ?

— Á Antonia.

— ¿ Conque la viste ?

— La ví, la amé, la adoro.

— ¡ Y eso es lo que ha retardado tu viaje, ya comprendo ! ¿ y qué le juraste ?

— No jugar y.....

Hoffmann titubeó.

— ¿ Y qué más ?

— Y serle fiel.

— Entonces no debes venir al 113.

— ¿ Qué es el 113 ?

— La casa de que te hablaba hace poco ; yo, como no he jurado nada, voy á ella. Adiós, Teodoro.

— Adiós, Zacarías.

Y Werner se alejó, y Hoffmann se quedó clavado en el mismo sitio. Aún no había andado aquél cien pasos, cuando recordó éste que no le había preguntado en dónde vivía, ni había recibido más señas que las de la casa de juego.

Pero estas señas se habían quedado impresas en la mente de Hoffmann con caracteres de fuego, como la inscripción de la casa fatal.

Lo que acababa de pasar había calmado un poco sin embargo los remordimientos de Hoffmann. Así es la naturaleza humana; indulgente siempre consigo misma, porque la indulgencia es egoísmo. Se creía en paz con su juramento porque sacrificaba el juego á Antonia, y no se acordaba de que estaba á punto de faltar á la mitad de ese mismo juramento, y que por hacerlo se hallaba parado en la esquina de la calle de San Martín.

Mas ya lo he dicho, su resistencia á la idea de Werner le había dado indulgencia para la idea relativa á Arsenia. Resolvió, pues, tomar un término medio, y en vez de volver al teatro, como quería su demonio tentador, decidió esperar á la puerta del vestuario para ver salir á los actores.

Hoffmann conocía tan bien la topografía de los teatros, que halló muy pronto la puerta que buscaba. Vió en la calle de Bondy un corredor largo, oscuro, sucio y húmedo por el que pasaban, como sombras, algunos hombres mal vestidos, y comprendió que aquella era la puerta por donde entraban y salían los pobres mortales á quienes los colores de las telas transformaban después en dioses y diosas.

Corría el tiempo y caía la nieve; pero Hoffmann estaba tan agitado con la extraña y casi sobrenatural aparición, que no sentía el frío, como los demás que pasaban por delante de él. En vano condensaba en vapores casi impalpables el aliento que salía de su boca; no por eso dismi-

nuía el calor de sus manos ni el sudor de su frente. Hay más; parado junto á la pared, se había quedado inmóvil y con la vista fija en el largo corredor, de modo que la nieve cayendo en espesos copos cubría, como con un paño fúnebre, al estudiante y lo convertía en estatua de mármol. Después empezaron á salir por aquella puerta, primero la guardia, luego los maquinistas, después los empleados, en seguida los actores, más tarde las actrices, que tardan más tiempo en aviarse, y luego en fin la hermosa bailarina, á quien conoció Hoffmann no sólo por su rostro maravilloso y graciosos movimientos; sino también por el collarcito de terciopelo que estrechaba su cuello, y en el que brillaba la extravagante joya que el Terror acababa de poner en moda.

Apenas apareció Arsenia en el umbral de la puerta, cuando antes de que Hoffmann hubiera podido moverse, un carruaje se acercó rápidamente, se abrió la portezuela y se lanzó la joven en él con tanta ligereza como si aun siguiera bailando. Hoffmann vió una sombra al través de los vidrios, y creyó reconocer en ella al hombre del tornavoz, y le vió recibir en sus brazos á la hermosa ninfa, y luego, sin que hubiera habido necesidad de decir una palabra al cochero, el carruaje partió al galope.

Lo que hemos contado en estas cuantas líneas, pasó con la rapidez del relámpago.

Hoffmann lanzó una exclamación al ver marchar el carruaje, se apartó de la pared, como si fuera una estatua que se saliera de su nicho, y sacudiendo con aquel movimiento la nieve que le cubría, se echó á correr detrás del coche.

Pero éste iba tirado por dos soberbios caballos, y no era fácil que lograra alcanzarlo, por más rápida que fuese su carrera.

Mientras fué por el bulevar no hubo dificultad; mientras siguió por la calle de Borbón-Villeneuve, convertida

entonces en calle *Nueva de la Igualdad*, no se le presentaron obstáculos; pero así que llegó á la plaza de la *Victoria*, entonces de la *Victoria Nacional*, el carruaje tomó por la derecha y se le desapareció.

Así que perdió la animación que le daban la vista y el ruido, se debilitó la carrera del joven: paróse por un momento en la esquina de la calle nueva de San Eustaquio, se arrimó á la pared para tomar aliento, y no viendo ni oyendo ya nada, preguntó por el camino del muelle de las Flores, juzgando oportuno el volverse á su casa.

No le fué muy fácil el salir del dédalo de calles que hay entre San Eustaquio y el muelle de la Ferraille: gracias á las numerosas patrullas que circulaban por las calles, y á su pasaporte que estaba en regla, y á la prueba de que había llegado el día antes, pues podía presentar el visto-bueno de la barrera, recibió señas tan claras y precisas, que logró llegar á su casa y dar con su habitación, en la que entró solo en la apariencia; pero acompañado en realidad por el recuerdo ardiente de lo que había pasado.

Desde aquel momento empezaron á perseguir á Hoffmann dos visiones, una borrándose poco á poco y otra tomando poco á poco más consistencia.

La que se borraba y se desvanecía era el rostro pálido de Mad. Dubarry, llevada de la Conserjería á la carreta y de la carreta al cadalso.

La que tomaba diariamente más consistencia y más determinadas formas, era el rostro animado y risueño de la hermosa bailarina, bailando en el fondo del tablado y saltando ya á la derecha ya á la izquierda del apuntador.

Hoffmann hizo cuantos esfuerzos pudo por librarse de esta visión: sacó los pinceles y pintó: sacó de su caja y tocó el violín; pidió pluma y tinta y escribió versos; pero sus versos se dirigían á Arsenia, la música era la misma en cuyas alas había hecho Arsenia su viaje aéreo,

y sus dibujos eran el retrato de la bailarina con su collar misterioso.

Durante aquella noche, el día siguiente, y la noche y día posterior, Hoffmann no vió más que dos cosas: á un lado á la fantástica danzarina, y al otro al no menos fantástico doctor. Había entre ambos seres tal correlación, que nuestro poeta no podía comprender al uno sin el otro. Así es que no se le presentaba la imagen de Arsenia al ruido sonoro de la orquesta, sino al tarareo del doctor, y al ruido que hacían sus dedos en la cajita de ébano y brillantes, y luego, de vez en cuando, pasaba un relámpago por delante de sus ojos, relámpago que lanzaba chispas y que no era otra cosa que los reflejos luminosos del collar de la bailarina y de la cabeza muerta de la caja del doctor, la atracción simpática de la guillotina y de la cabeza de diamantes; en fin, la mirada fija del médico, que á su voluntad aproximaba ó alejaba á la bailarina maravillosa, como la mirada de la serpiente atrae ó rechaza al ave que fascina.

Veinte, ciento, mil veces, se le había ocurrido á Hoffmann durante aquellos dos días, la idea de volver al teatro, y otras tantas había decidido no ceder á la tentación; tentación que había combatido de todos modos; primero, recurriendo á su medallón, y después tratando de escribir á Antonia; pero el retrato le enseñaba una cara tan triste, que Hoffmann cerraba el medallón en seguida de abrirlo, y las primeras líneas de la carta le salían tan chapuceras, que antes de llegar á la tercera parte de la primera plana tuvo que romper diez borradores.

En fin, pasó el segundo día; se acercó la hora del teatro; dieron las siete, y al oír esta última llamada, Hoffmann, como arrebatado á pesar suyo, bajó corriendo las escalera de su casa, y tomó la dirección de la calle de San Martín.

Aquella noche, en menos de un cuarto de hora, sin tener necesidad de preguntar á nadie, y como si un guía invisible le hubiera enseñado el camino, llegó en menos de diez minutos á la puerta del teatro de la Ópera.

Pero, ¡cosa rara! aquella puerta no estaba llena de gente como dos días antes, ya porque algún incidente, ignorado por Hoffmann, hiciera menos atractivo el espectáculo, ó ya porque los espectadores estuvieran dentro del teatro.

Hoffmann dió su escudo de seis libras, recibió su billete y entró.

Pero vió que todo estaba cambiado: no había más que la mitad de la gente; en lugar de las mujeres radiantes y de los hombres elegantes que esperaba ver, no halló más que mujeres con casaquillas y hombres con carmañas: no vió joyas, ni flores, ni senos desnudos que se alzan y bajan en la atmósfera de los teatros aristocráticos; sino gorros redondos y gorros frigos, adornados todos con enormes cucardas nacionales; colores sombríos en los vestidos, una tristísima nube en cada rostro, y á ambos lados de la sala dos bustos asquerosos, dos cabezas que daba grima verlas, una representando la risa, y la otra el dolor: los bustos de Voltaire y de Marat.

Finalmente, á la entrada de la escena había un agujero apenas alumbrado, un hueco umbróso y vacío. Allí estaba la caverna; pero faltaba el león.

En la orquesta había dos sitios vacantes, uno junto á otro. Hoffmann se sentó en el primero, que era el mismo en que había estado la otra vez.

El otro era el sitio en que había estado el doctor.

Pasó el primer acto sin que Hoffmann atendiese á la orquesta ni reparase en los actores: aquella, porque ya lo había oído y juzgado en otra ocasión, y éstos, porque no había ido á verlos, sino á ver á Arsenia.

Levantóse el telón para empezar el segundo acto, y comenzó el acto.

Toda la inteligencia, alma y corazón del joven estaban suspensos. Esperaba la salida de Arsenia. De repente lanzó un grito.

No era Arsenia quien hacía el papel de Flora.

En lugar de Arsenia había salido una mujer desconocida, una mujer como cualquiera otra.

Todas las fibras de aquel cuerpo jadeante se alojaron: Hoffmann dejó caer su cabeza y sus brazos exhalando un suspiro, y echó una mirada á su alrededor.

El médico estaba en su sitio; sólo que no llevaba ni las hebillas de diamantes, ni los anillos de diamantes, ni la caja con la cabeza muerta de diamantes.

Las hebillas eran de cobre, los anillos de plata sobre-dorada y la caja de plata lisa.

Ni tarareaba, ni llevaba el compás con los dedos.

¿Cómo había venido? Nuestro poeta no lo sabía: ni lo había visto llegar, ni lo había sentido pasar.

— ¡Oh! caballero, exclamó Hoffmann.

— Decid ciudadano, amigo mío, y tuteadme... si es posible, respondió el hombrecillo vestido de negro; so pena de que nos corten la cabeza.

— ¿En dónde está? preguntó Hoffmann.

— ¡Hola! ¿en dónde está? Según parece, su amante, ó más bien su tigre, que no le quita los ojos de encima, observó que antes de ayer hacía señas á un joven de la orquesta, y parece también que este joven corrió después detrás de su carruaje: con este motivo rompió ayer la escritura, y Arsenia ha dejado el teatro.

— ¿Y cómo ha consentido el director?.....

— Amigo mío, el director del teatro procura conservar su cabeza en sus hombros, aun cuando sea una cabeza detestable; porque está, según dicen, acostumbrado á

ella y cree que otra, aun cuando fuese hermosísima, no podría hacerle tan buen servicio.

— ¡ Ah, Dios mio ! ; por eso está el teatro tan triste ! exclamó Hoffmann ; ; por eso no traéis hoy las hebillas, los anillos, ni la caja de diamantes ! Por eso á derecha é izquierda de la escena, en lugar de los bustos de Apolo y de Terpsicore están esos dos asquerosos bustos : ; puf !

— Pero, ¿ qué estáis diciendo ? ; En dónde habéis visto hebillas y cajas de diamantes ? ; En dónde habéis visto los bustos de Apolo y de Terpsicore ? ; Pues si hace dos años que no hacen flores, y ¿ que los diamantes se han convertido en asignados, y que las joyas se fundieron en el altar de la patria ! Por mi parte, ; gracias á Dios ! jamás he tenido hebillas á no ser de cobre, ni anillos á no ser de plata sobredorada, ni caja de tabaco á no ser de plata lisa. En cuanto á los bustos de Apolo y de Terpsicore, es verdad, estuvieron aquí en otro tiempo ; pero los amigos de la humanidad vinieron á romper el busto de Apolo y á sustituirlo con el del apóstol Voltaire, y los amigos del pueblo vinieron á destrozár el busto de Terpsicore y á reemplazarlo con el del dios Marat.

— ¡ Oh ! exclamó Hoffmann ; es imposible. Os digo que antes de ayer vi el teatro perfumado con flores, resplandeciente en vestidos, hecho un torrente de diamantes, y habia hombres elegantísimos en lugar de esas hembras de casaquin y de esos mocetones de carmañola. Repito que teniais hebillas de diamantes en los zapatos, anillos de diamantes en los dedos, y una cabeza muerta, hecha de diamantes, en la tapa de vuestra caja de tabaco : repito que.....

— Y yo también os digo, joven, replicó el hombrecillo vestido de negro, que antes de ayer estaba ella ahí, que lo iluminaba todo con su presencia, y que su aliento

hacia renacer las rosas, y resplandecer las joyas, y brillar todos los diamantes de vuestra imaginación : os digo que la amáis, joven, y que lo habéis visto todo por el mágico prisma de vuestro amor. Arsenia no está en las tablas, y por consiguiente vuestro corazón se halla muerto, vuestros ojos han perdido aquel encanto, y ahora no veis más que indiana, y paño burdo, y gorros frigos, y manos sucias y cabellos grasientos. Veis, en fin, el mundo tal como es y las cosas tales como son.

— ¡ Oh, Dios mio ! exclamó Hoffmann dejando caer su cabeza en sus manos ; ; es verdad todo eso ? ; tan cerca estoy de volverme loco ?

## XV

## El café

Hoffmann no salió de aquel letargo hasta que sintió una mano sobre el hombro. Levantó la cabeza y todo estaba oscuro y negro á su alrededor : el teatro sin luces le parecía el cadáver del teatro que habia visto vivo. El soldado que estaba de guardia se paseaba solo y silencioso, como el centinela de la muerte ; no habia arañas, ni orquesta, ni resplandores, ni ruido.

Una voz solamente murmuraba en sus oídos :

— ¡ Ciudadano, ciudadano ! ; qué hacéis aquí ? estáis en el teatro de la Opera, ciudadano ; aquí se duerme ; enhorabuena ! pero no se pasa la noche.

Hoffmann miró hacia el lado por donde venia la voz y vió una viejecilla que le tiraba del cuello de su redingote.